

EL FIN DE UNA LEYENDA ▸▸ *Las contradicciones de una figura histórica*

Necrológica de Arafat

BARRY RUBIN

Yasser Arafat fue una de las figuras políticas más destacadas de nuestro tiempo, constantemente en el centro de crisis y rodeado él mismo de controversia. Fue un jefe terrorista que ganó el premio Nobel de la Paz, un hombre que condujo a su pueblo a numerosos desastres, pero que siempre conservó el poder, un revolucionario al que se socorrió en repetidas ocasiones y que recibió segundas oportunidades por parte de un Occidente al que tan a menudo menospreció y traicionó.

Nació el 24 de agosto de 1929, en El Cairo, Egipto, y recibió el nombre de Abd Al Rahman Abd Al Rauf Arafat Al Qudwa Al Husseini. Yasser fue el apodo que le dio su familia y, al inventarse a sí mismo, abandonó los apellidos de los clanes de ambas líneas familiares para llamarse Arafat.

La extraña historia que entretejió sobre su lugar de nacimiento es un esclarecedor símbolo de su convicción fundamental de que la realidad era tal como él afirmaba que era. El poder de Arafat nació de su capacidad de lograr que muchos otros creyeran sus fábulas. De niño, a causa de problemas en el seno de su familia disfuncional, Yasser fue enviado a Jerusalén para vivir con unos parientes un par de años. A partir de entonces, siempre afirmó que había nacido allí, una aseveración pensada para que pareciera que había surgido del centro de la vida palestina y no de fuera de sus fronteras.

De hecho, Arafat procedía de una familia sin importancia que se había marchado a Egipto en busca de fortuna durante los años veinte. Si se sintió un refugiado, fue a causa de la discriminación que se practicaba en Egipto contra los palestinos en aquel entonces. Junto con los repetidos fracasos económicos de su padre y su desdén personal, esa primera etapa de su vida parece haber inculcado en Arafat la determinación de llegar a

EN 1969, ARAFAT

obtuvo el control total de la OLP y dirigió el movimiento palestino durante los siguientes 35 años

ser poderoso e importante. Se convirtió en un hombre que perseveró en definir cuál era la verdad, desoír las pruebas que lo contradecían y exigir un poder absoluto sobre todo cuanto lo rodeaba.

Durante la guerra de 1948, cuando los líderes árabes palestinos rechazaron el plan de partición de la ONU que les habría concedido un Estado y atacaron a Israel para estrangularlo en su cuna, Arafat se presentó voluntario para luchar. Ni siquiera entonces se alistó a una unidad nacionalista palestina, sino a una islamista egipcia. Tras la guerra, Arafat afirmaría haber sido un héroe e inventaría las historias más rocambolescas acerca de su sobrehumana actuación militar. Nadie de su entorno se atrevió a contradecir esa nueva versión de los hechos.

En la Universidad de El Cairo, a principios de los cincuenta, entró en política junto a los estudiantes palestinos y ascendió deprisa hasta convertirse en su líder. Desde el principio insistió en que los palestinos debían ser un actor independiente que no estuviera ligado a ninguna ideología ni al patrocinio de ningún Estado árabe. No obstante, seguía involucrado en actividades islamistas, un hecho que lo hacía sospechoso a ojos del nuevo régimen nacionalista árabe de Gamal Abdel Nasser.

En 1957, con 28 años, estaba sin empleo, sin familia y sin carrera, y las autoridades egipcias dejaron muy claro que preferían que abandonara el país. Igual que otros palestinos, se dirigió a Kuwait, donde las nuevas riquezas del petróleo parecían prometer-

les una manera de hacer fortuna. En octubre de 1959, con algunos de sus amigos, fundó el grupo Al Fatah, cuyo objetivo era destruir Israel y convertir todo el antiguo protectorado británico de Palestina en un Estado nacionalista árabe.

A partir de ese momento, el ascenso de Arafat fue meteórico. En 1963, Argelia le ofreció su ayuda. Al año siguiente se había convertido en un revolucionario profesional y obtuvo el patrocinio de Siria. Los ataques contra Israel comenzaron en 1965. La devastadora derrota árabe a manos de los israelíes en 1967 logró que los regímenes árabes se mostraran dispuestos a probar nuevas formas de lucha. En 1968, Arafat se reunió con Nasser, considerado líder del mundo árabe, y el presidente egipcio le presentó a los soviéticos, que también lo respaldaron. En 1969, Arafat obtuvo el control total de la OLP y dirigió el movimiento palestino durante los siguientes 35 años.

Durante esos mismos años, Arafat formuló las principales ideas de su movimiento, construyó su nueva imagen y estableció las

Entre 1969 y 1985, grupos de la OLP cometieron más de 8.000 atentados terroristas (la mayoría en Israel, aunque al menos 435 fueron en el extranjero) con los que mataron a más de 650 israelíes, de los cuales más de tres cuartas partes eran civiles, y a mucha gente de otros países. La organización de Arafat no sólo eclipsó más adelante esa marca, sino que, durante sus últimos cuatro años de vida, éste siguió expresando su creencia en esos mismos principios. Entre los años 2000 y 2004, de nuevo argumentó (y practicó) la idea de que el terrorismo lograría la rendición de Israel. Se equivocaba.

Entre tanto, Arafat instituyó un conjunto de técnicas de liderazgo que conformarían la cultura política del movimiento. Retuvo en sus manos todas las riendas del poder, pero a menudo prefirió no ejercer su autoridad. Si fue un dictador, muchas veces lo fue gobernando con la inacción. Arafat no estaba interesado en la ideología y era sobremanera reacio a la institucionalización, la disciplina o la centralización.

La combinación de sus objetivos, sus mé-

tado palestino como solución a los agravios de su pueblo, si de veras había aprendido de esos 20 años de derrotas, se convertiría en un hombre de Estado y llegaría a un acuerdo de paz. Le otorgaron el premio Nobel de la Paz con esa esperanza y Arafat empezó a visitar la Casa Blanca con regularidad.

Sin embargo, mientras que en la década de 1990 habló en alguna ocasión de acuerdos y conciliación, Arafat mostró poco interés en convertirse en dirigente de un Estado. Como administrador de dos millones de palestinos en Cisjordania y Gaza fue inepto, corrupto y ligeramente autoritario a su tradicional manera. En toda su vida, jamás ofreció un discurso en el que alentara a los jóvenes palestinos a recibir una educación o a su pueblo a construirse una economía. Siempre se centró en la lucha, revolucionario semipiterno.

Por último, la prueba de su vida, el momento decisivo, llegó en Camp David, Maryland, el 24 de julio del año 2000. El presidente Bill Clinton le advirtió: "Conduce usted a su pueblo y a la región hacia la catástrofe". No obstante, Arafat rechazó el plan de paz que le brindaba el presidente estadounidense con la aceptación del primer ministro israelí, Ehud Barak, y que le ofrecía la totalidad de Gaza, gran parte de Cisjordania, así como de Jerusalén Este, y más de 20.000 millones de dólares de indemnización como punto de partida para las negociaciones de paz. Muchos miembros destacados de su delegación quisieron aceptar. Arafat dijo que no.

Por el contrario, regresó a terreno conocido y declaró otra guerra, consistente sobre

HASTA CIERTO PUNTO,

Arafat ganó la guerra de las relaciones públicas, pero perdió de una forma

lamentable sobre el terreno

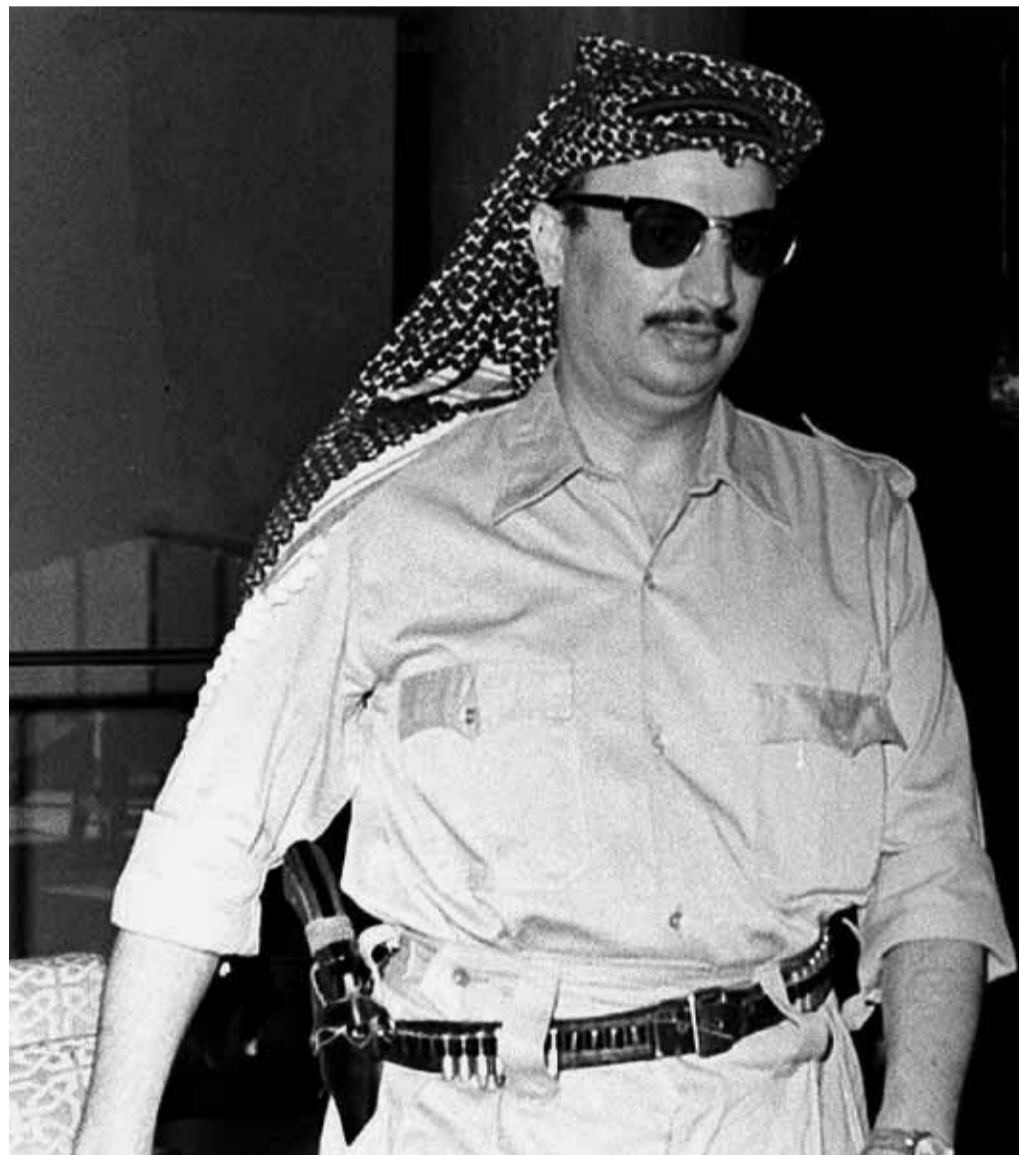
todo en ataques terroristas. Esperaba que Israel se rindiera ante las víctimas civiles y que el mundo corriera en su ayuda para sacarlo de esa nueva crisis que él mismo había provocado. Hasta cierto punto, Arafat ganó la guerra de las relaciones públicas, pero perdió de una forma lamentable sobre el terreno.

En el momento de su muerte, una vez más había llevado a su pueblo a otro callejón sin salida. Habían muerto más personas de ambos bandos, la infraestructura palestina había sido destruida y alrededor de 3.000 millones de dólares de ayuda extranjera habían sido malgastados o robados. Tal vez lo peor de todo sea que incitó al odio a una nueva generación de palestinos y les enseñó la gloria de la violencia, tanto él en persona como mediante los colegios, los medios de comunicación y las mezquitas que controlaba.

Para muchos, sobre todo en Europa, Arafat era un héroe, un símbolo de las víctimas y los oprimidos del mundo. Pero entre los palestinos y los árabes en general, al menos en privado, era duramente criticado. Para los palestinos era el líder incuestionable y el símbolo del movimiento, pero no un hombre admirado.

De hecho, a causa de su prolongado empeño, y en especial a causa del rechazo de la paz y del reanudado terrorismo que caracterizó sus últimos cuatro años, Arafat le hizo al mundo un daño inconmensurable. Fue el arquitecto primordial del resurgimiento del antisemitismo, un hombre que, al demostrar la eficacia política del terrorismo, contribuyó a convertirlo en la principal amenaza mundial de principios del siglo XXI. Por último, y de forma más inadvertida, empujó al mundo árabe en una dirección radical que supuso un golpe mortal para las oportunidades de democratización y de reforma liberal de la zona. Arafat, por tanto, fue un personaje fascinante y único, pero dejó tras de sí un legado de odio y destrucción. Sus extraordinarios logros se vieron contrarrestados por derrotas igualmente notorias y, por consiguiente, murió siendo un fracaso. ●

Traducción: Laura Manero Jiménez



FARUK IBRAHIM / EPA

EN LOS SETENTA. Arafat en septiembre de 1970 en el hotel Hilton Nilo de El Cairo en los días del duro golpe de Jordania contra su organización

técnicas de gestión que habrían de caracterizarlo (sorprendentemente con escasísimos cambios) el resto de su carrera.

El proyecto de Arafat era, y siguió siendo, fundamentalmente genocida: la destrucción de Israel y su pueblo. Ése era un objetivo muy diferente del de buscar un Estado para Palestina, y parecía requerir unas tácticas bastante dispares. Dado que Arafat creía que Israel podía y debía ser destruido, era razonable una estrategia de terrorismo deliberado, y él la justificó explícitamente.

La violencia debía dirigirse contra los ciudadanos israelíes y sus instalaciones, como explicó en 1968, "para crear y mantener una atmósfera de tensión y angustia que obligue a los sionistas a darse cuenta de que les es imposible vivir en Israel". Los ataques de la OLP estaban diseñados para "evitar la inmigración y alentar a la emigración (...), destruir el turismo y evitar que los inmigrantes cojan apego a la tierra, debilitar la economía israelí y desviar la mayor parte de ésta a satisfacer las necesidades de seguridad". Al conseguir estos objetivos, la OLP impediría "indefectiblemente" la consolidación de Israel y lo llevaría a su desintegración. Dos años después, añadió: "Los israelíes tienen un gran miedo, el miedo a sufrir bajas".

todos y sus tácticas llevó a su movimiento de un desastre a otro. En 1970 suscitó el antagonismo del rey Hussein de Jordania hasta el punto de obligarlo casi a expulsar a la OLP. Al trasladarse a Líbano, interfirió en la política de ese país e incumplió repetidas veces sus acuerdos con el Gobierno libanés. Cuando se produjo la invasión israelí en 1982 para eliminar a la OLP, los dirigentes libaneses estaban deseosos de verlo marchar. Al año siguiente, tras regresar al norte de Líbano, las fuerzas sirias derrotaron una vez más a sus hombres y le obligaron a irse.

Puesto que ningún Estado árabe estaba dispuesto a aceptarlo, fue Túnez finalmente el que accedió a proporcionarle una nueva base. Desde allí, Arafat continuó con sus ataques a Israel y su entusiasta diplomacia internacional. No obstante, otro error de cálculo (su apoyo a la invasión de Kuwait por parte del presidente iraquí, Saddam Hussein, en 1990) hizo que saudíes y kuwaitíes le dieran la espalda.

Tras la derrota iraquí de 1991, Arafat sufrió un gran declive. Israel, en aquella época, podría haberse decidido a ningunearlo o acabar con él. Sin embargo, tanto ese país como la comunidad internacional decidieron darle otra oportunidad. Si de veras quería un Es-